

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BARCELONA

MUSEO MARÍTIMO  
REALES ATARAZANAS

HOMENAJE

A LA

COMPañÍA TRASATLÁNTICA

FOLLETO CONMEMORATIVO  
DEL ACTO DE INAUGURACIÓN DE LA SALA

“MARQUÉS DE COMILLAS”

22 DE ABRIL DE 1951



FU-5-6



JUSTIFICACIÓN DE UN HOMENAJE

R. 1.840

DIPUTACION PROVINCIAL DE BARCELONA

MUSEO MARITIMO

REAL DE ARMADA

HOMENAJE

COMPANIA TRASATLANTICA

FORNICO GOBIERNAL

DEL AJO DE BARCELONA DE LA SIA

COMARQUES DE COMPTES

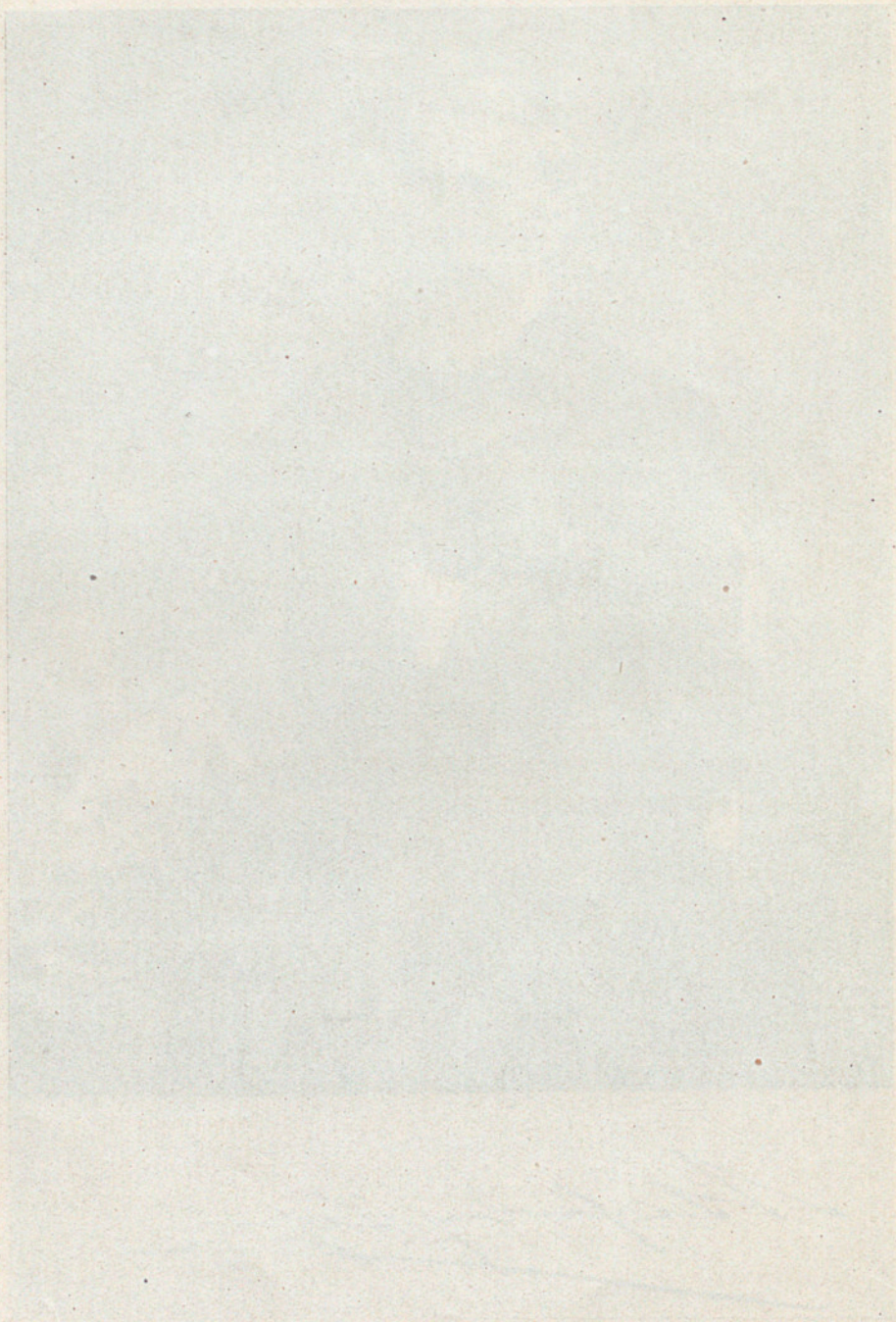


23 DE JUNIO DE 1911



*Alfonso Comillas*

El primer Marqués de Comillas





AL designar con el nombre de Sala del «Marqués de Comillas» la que el Museo Marítimo dedica a la Navegación a vapor, se enaltece la memoria del que fué insigne fundador de la Compañía Trasatlántica, D. Antonio López y López, con motivo del centenario ha poco celebrado de aquella entidad armadora que, en toda ocasión, hizo honor al pabellón con que se distinguían sus buques.

En los tiempos prósperos y de paz y en los angustiosos de guerra sirvió siempre a España con fidelidad y desinterés inigualables, y mantuvo con los vapores de su flota una relación constante y hasta el límite extremo, que las circunstancias permitieron, entre la madre Patria y sus hijuelas de lengua, de cultura y de historia.

Hasta ochenta y cuatro buques poseyó la Compañía Trasatlántica; honrosa ejecutoria que la hace merecedora de presidir con el retrato de su fundador la amplia instalación de la nueva Sala.

Si otros motivos no hubiere para la denominación que se le da, existe el del agradecimiento que debe nuestra urbe al primer Marqués de Comillas, en su condición de barcelonés de adopción y por la circunstancia de que aquí asentó su empresa, haciendo así que el nombre de Barcelona y la matrícula de nuestro puerto apareciesen vinculados, ante todo el mundo, a la más potente organización marítima comercial que, durante casi un siglo, ha tenido España.

La Diputación Provincial de Barcelona, al rendir homenaje a la Compañía Trasatlántica, lo dedica a su ilustre fundador en el histórico edificio de las Reales Atarazanas, Museo Marítimo, a 22 de abril de 1951.



Sala Marqués de Comillas: Vista general



Sala Vieta: Constructores ochocentistas



DISCURSO DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON  
**FRANCISCO CONDEMINAS MASCARÓ**

DIRECTOR DEL MUSEO MARÍTIMO

Señores :

Si por los avatares de mi actuación política ; si por la incompatibilidad consiguiente en los cargos, me he hallado en alejamiento formal de la Dirección del Museo Marítimo, no obstante he procurado influir en su vida con el consejo y el asesoramiento a quienes confié la honrosa carga de mantener enhiesta la personalidad de la institución, y, asimismo, avivar esa llama de la constancia, que es necesario que alumbre cada día y en cada momento el camino, no muy expedito, de lo que es hoy ciertamente honra y prez de la ciudad.

Es por ello, señor Presidente de la Corporación rectora de esta Casa, que, sintiéndome en esta ocasión más que nunca ligado a ella, me permita asumir, aunque sea accidentalmente, la dirección que de la misma me sería propia sin aquellas circunstancias modificativas, y, en el trance de Director, que sea quien, con la investidura de tal representación y con vuestra venia, tome la palabra en este momento crucial para la vida de la institución, en este ambiente solemne y avivado, por la inauguración de la Sala «Marqués de Comillas», en que nos hallamos, y por el homenaje que tributamos a la Compañía Trasatlántica.

En ninguna otra parte del mundo se da el caso de que, como legado secular e histórico al servicio de la cultura, se ofrezca a un Museo un edificio tan vasto como estas Reales Atarazanas, ni tan bello ; valoración austera de la línea, exquisitez de construcción, ambiente mesurado de la eurytmia desplegada en arcos y pilastras, que juegan con la gracia ingenua de quienes, al alzarlos, sin otra

pretensión que la utilitaria, crearon en realidad una belleza sin par.

Y en el solar de este estuche magnífico se han ido instalando las Salas del Museo, que ha crecido ininterrumpidamente desde el día fugaz, como todos, pero siempre recordado, 8 de enero de 1941, en que el Almirante Estrada, Capitán General del Departamento Marítimo de Cartagena, y en representación del señor Ministro de Marina, lo inauguró oficialmente.

Desde entonces, el camino recorrido ha sido mucho, y en él nuestra institución ha pisado firme, y como mojones de la misma, si se señalan, las Salas; más dicen, empero, los nombres con que las hemos distinguido:

*Pedro IV*, tercero de este nombre en el Condado de Barcelona, siglo XIV, el monarca que en la Confederación catalanoaragonesa más sintió el imperialismo mediterráneo y la fuerza de su estirpe dinástica; con cuyo nombre y como por ensalmo se mecían sus naves, a la vez que se formaban las arquerías de esta magnífica fábrica.

*Ferrer de Blanes*, el cosmógrafo que no solamente influyó en la gesta sin par de Colón, sino que, al servicio de los Reyes Católicos, contribuyó a la fijación, por el Tratado de Tordesillas, de los límites de las conquistas de mares y nuevas tierras por españoles y portugueses.

*Capmany*, recuerdo a Antonio Capmany y de Montpalau, de inicios del siglo XIX; el hombre que lo mismo sabía de las armas contra el invasor francés que de la pluma, con la cual, al historiar la Marina y el Comercio de Barcelona, historió también — el primero, tal vez — estas reales y vetustas Atarazanas.

*Sañez Reguart*, el ilustre autor del *Diccionario histórico de la pesca*, que viene a constituir el corpus de la pesca en general y de su gama variada de artes y aparejos.

*Vieta*, el maestro de ribera y distinguido blanense entre la pléyade de los suyos, bajo cuyas hábiles manos la madera, al hacerse dócil, se adaptaba a la bella forma del buque que concibiera su mente.

*Monjo*, el técnico incomparable en la construcción marítima, que vació en su obra escrita los magníficos planos para soberbios veleros cuya construcción informó y que prestó su contribución a la tarea ingente y mal comprendida de Monturiol, el creador del

primer submarino español, y que, en fin, ilustró la Escuela de Náutica de Arenys de Mar; aquella que, fundada por Baralt en el siglo XVIII, tanto auge tuvo en nuestro litoral.

Por ellos y para ellos se cubre de honor el Museo.

Más vendrán todavía, ya que no nos faltan nombres en nuestras gestas marineras, ora de conquistadora apetencia, ora de construcción, ora, en fin, de ciencia pura, en el arte de marear.

Cabe al portalón de entrada, parece que dió la bienvenida a los que llegaron, y espera darla a los que vendrán, Jaime I, el dinasta de la Casa de Cataluña-Aragón, que engarzó a su corona la perla mallorquina y la sin par Valencia, la de los codiciados naranjales, solar cada uno para el más bello huerto de las Hespérides.

Fundador de estas Atarazanas, en cuyos arenales tal vez subió ya la enramada de algunos de sus conquistadores bajeles y que dió leyes al mar, con las del Consulado de este nombre; ampliación, al fin, de la protección y seguridad que en los vetustos *Usatges* intentaron dar nuestros condes al comercio y tráfico marítimos.

En el ambiente de la casa flotan, conmemorados con sus signos heráldicos, los nombres de los Lauria, Marquet, Llansa, Martell, Cardona, Vilamarí y otros y otros más que vivieron cara al mar y por el mar en nuestro inmediato litoral y que cruzaron de victoria en victoria las aguas del Mare Nostrum; floración grande, que, incorporada a través de los días, en presencia o en espíritu, a las horas imperiales, tuvo su culminación ingente en la luminosidad lepantina; la cual halló su mayor ayuda en estos Astilleros, en estas Reales Atarazanas, en las que se construyeron las más gallardas y acometedoras galeras, y, a nuestro entender, la propia «Real» de Don Juan de Austria, señora de gloria.

Barajados con el hecho los nombres de este príncipe y sus expertos adalides Requesens y Álvaro de Bazán, los hemos conmemorado en la Sala de Pedro IV, en la cual señorea, asimismo, Carlos III, el soberano que, al compás del impulso que dió a la Marina, abrió de par en par el comercio de América a todos los españoles. En zaga le va en el mismo lugar su Almirante Barceló, terror de la piratería, que se alejaba, que desaparecía, al ensalmo de su nombre y al ímpetu de los ligeros jabeques de tan bravo mallorquín.

De culminación en culminación, de recuerdo en recuerdo, y

paso a paso, desde épocas remotas hasta las más inmediatas, tócanos al rozar el siglo XIX, durante el cual surge y triunfa la navegación a vapor, destinarle una Sala en este Museo y darle un nombre que, por lo adecuado, represente y conmemore así un medio de propulsión en la mar que va desde el buque a ruedas hasta el de hélice. Fué el primer buque español con ella el «General Armero», que, a iniciativa de don Antonio López y López, y en aguas de la Gran Antilla, al comenzar sus viajes entre Guantánamo y Santiago de Cuba, en 1850 dió como el balbuceo de lo que llegaría a ser en 1881 la Compañía Trasatlántica, que conmemoramos, y ello nos ha llevado a dar el nombre escogido de su fundador, el primer Marqués de Comillas, a esta magnificente Sala. He de recordar, como obligación ineludible y feliz, a don Claudio López y Bru, hijo del fundador, el cual heredó, con el título de Marqués de Comillas, la actividad y las virtudes de su progenitor, sucediéndole en la dirección suprema y efectiva de la Compañía Trasatlántica. Fué él quien la llevó hasta su apogeo y prestó siempre el más valioso auxilio a los Gobiernos de España en los días prósperos y más aún en los aciagos. Fué también don Claudio un promotor insigne de las obras de propaganda católica y se interesó sin cesar por las obras sociales, orientándolas con fiel sujeción a las enseñanzas de la Iglesia.

Nos complacemos en esta conmemoración porque, con los nombres y el recuerdo de aquellos ilustres próceres y con la exaltación de la Compañía Trasatlántica, exaltamos el nombre de nuestra nación, que durante años estuvo absolutamente identificada con ella; al extremo, que podemos decir que en este aspecto no fué a la zaga de otras compañías extranjeras, que tuvieron de hecho en los mares y en aquella época la representación de sus respectivas naciones, tales como la *Compagnie Générale Transatlantique*, por lo que respecta a Francia; la *Cunard Line*, para Inglaterra; la *Navigazione Generale Italiana*, para Italia; la *Svenska Lloyd*, para Suecia, y actualmente, la *United States Lines* y la *American President Lines*, para los Estados Unidos; la Flota Mercante del Estado, para la República Argentina, y el *Lloyd Brasileiro*, para el Brasil, entre otras.

Podemos concretar que donde estuvo la Compañía Trasatlántica estuvo España, y con la presencia de sus vapores en todos los

mares del globo se halló vinculada su representación de tal manera, que podríamos decir que en buena parte del siglo XIX *fué su mejor embajadora*.

Por si lo expuesto fuera poco para justificar un nombre, existe el motivo sentimental de que don Antonio López y López, montañés de nacimiento, arraigó tanto y tan hondo en nuestra región, que, identificada con su ambiente de empresa, estableció la suya en nuestra urbe; sintióse un barcelonés más en lo acendrado de su amor a la misma, y fué de abanderamiento en abanderamiento, hasta tenerla, bajo este aspecto, estrictamente vinculada con nuestra ciudad, cuyo puerto fué el punto de partida y arribo de todas las líneas que estableció la Compañía, a excepción de la del Cantábrico.

Bello es vagar entre recuerdos, bello es hallar objetos que con su presencia los remuevan; pero desgraciadamente, y tocante a cosas de mar, se hace dificultoso hallarlos en cantidad, que el tiempo, con avaricia sin igual, los devora inexorablemente.

Aparte lo ingente de un buque, que desaparece un día, hundido o embarrancado, o que, martirizado por los achaques, se desguaza, hay que hallar de su vida, bien en objetos menores o en maquetas, el recuerdo adecuado para un Museo.

Con todo amor, el Marítimo ha recogido cuanto le ha sido dable, y, en justa correspondencia, la Compañía Trasatlántica ha traído también de lo suyo, y así la presencia de los objetos expuestos en esta Sala, si no es tan completa como anhelamos, resulta lo suficiente, en trascendencia, para que todos nos sintamos conmovidos ante la grandeza con que se alza el pasado de aquella entidad, se acusa su presente y anhela su vigoroso porvenir.

En cada uno hallamos un motivo de su conservación: maquetas, obras pictóricas en que aparecen los buques de la flota, estadísticas de clasificación general y de tonelaje, y, en fin, la parte sentimental vinculada en los retratos, presencia de los pasados y honor, al par que aleccionamiento, para los presentes.

Y aquí están los retratos del Capitán *Cagigal*, que patronó el «General Armero», al cual aludimos antes; aquí *Roldós*, que en los aciagos días en que España se debatía por defender heroicamente los restos del vasto Imperio de los Austrias, tenía el mando del «Isla de Mindanao», hundido por la flota estadounidense en aguas de Cavite, el 1.º de mayo de 1898.

Aquí está *Jaureguizar*, que por el honor de la Compañía Trasatlántica se sacrificó en aras de la caridad, con un puñado de abnegados compañeros de profesión, al acudir, desde su buque, el «Alfonso XIII», en auxilio del «Cabo Machichaco», en la bahía de Santander, en el lúgubre 3 de noviembre de 1893, siendo alcanzado por la terrible explosión que cortó su vida.

Ved también el retrato del Capitán *Antich*, que, plantando cara al enemigo e intentando forzar el bloqueo puesto por los Estados Unidos a la isla de Cuba, hubo de embarrancar su «Santo Domingo» en forzado trance. Cincuenta años de constante navegación son, sin duda, su mejor ejecutoria.

El Capitán *Moret*, que, avezado en la travesía de España a la Argentina, consiguió estrechar más y más los lazos entre la Madre Patria y una de sus más predilectas hijas, y logró una situación de prioridad entre la gente de mar y en el cosmopolita ambiente del Plata, y si esto en tiempo de paz, hábil maniobrero en el de lucha, al mando del «Alfonso XII», sorteó los peligros del bloqueo norteamericano a la Perla Antillana, hasta caer su buque con la dignidad del valiente gladiador en la arena circense.

Y en fin, *Garriga*, que, en su trabajo constante, alcanzó el supremo grado de Capitán-Inspector de los buques de la Compañía.

Mención y paramento aparte merece el Capitán *Deschamps*, que, conduciendo auxilios de la Península a la bloqueada isla de Cuba, rompió por dos veces el cerco americano al entrar en el primer viaje por Cienfuegos y en el segundo por Matanzas; trance en el cual, perseguido y cañoneado por buques enemigos, demostró su acierto, su pericia y una sangre fría digna de quien se juzga responsable de una gran empresa ante la Patria y ante la historia. Allí, en un pueblecillo de la costa, yace su cuerpo, sin que haya quien hasta el presente se haya ocupado de destacar su recuerdo. Entiendo que ésta es misión a cumplir por el Museo Marítimo, que no debe pecar en ello ni de negligente ni de remiso.

Otros capitanes, sin duda, habremos de memorar en esta Sala; entre ellos, al azar, os diré de *Juan Moraques*, cuyo temple probóse en horas de adversidad marinera, hasta caer para siempre en el incendio del «San Agustín», de su mando.

Vinculada la Compañía Trasatlántica con la Monarquía tradicional española, señaló en su flota tal característica con los nom-

bres de varios de sus buques: «Reina Regente», «Reina María Cristina», «Reina Mercedes», «Alfonso XII», «Alfonso XIII», «Infanta Isabel de Borbón», «Reina Victoria Eugenia» y otros, a los que imprimió, como a todos los suyos, un tal signo de distinción, que no parecía sino que en ellos se prolongaba el propio de la estirpe directora, que influía en el personal, desde aquel de cubierta que dirigía el buque — pléyade de caballeros — hasta el más humilde que actuaba en las entrañas del mismo.

Y así fué siempre, en los momentos de un auge normal y aun en los avatares de la guerra, en que los huéspedes de sus buques fueron los anónimos soldados, que, no teniendo más que dar, ofrecían a la patria el preciado don de sus vidas.

Tras las guerras coloniales, en que dió cuanto se le pidió y más de lo que se le pidió para el servicio de la Patria, tuvo que contemplar, junto con todos los españoles, cómo se hundía nuestro Imperio colonial, y no pudo, ni hubiera podido en manera alguna, dejar de sentir la subsiguiente crisis de sentimiento y de economía, para luego, pasado ya aquel duro y prolongado trance, soportar el colapso sufrido por nuestra nación, al desaparecer la dinastía reinante para dar paso a una efímera república, de la cual recibió la Compañía Trasatlántica un golpe, que habríamos de creer mortal, de no haberse dado la reacción, como en un caso biológico y de recuperación, y al cual va ligado hoy el nombre de mi ilustre amigo el Conde de Ruiseñada, como representación viva de la Compañía, y que en estos momentos se halla entre nosotros.

Mis mejores votos para su empresa, mis mejores votos para que la Compañía Trasatlántica ocupe en el renacer de la navegación española el lugar que por su rango y su historia le corresponde.

Y ahora permítame el señor Presidente y amigo, en cuanto pueda darse de amplio a esta última palabra, que, en nombre del Museo Marítimo le dé las gracias por el empeño que ha puesto de su parte para que la bella realidad de esta Sala haya sido posible; esfuerzo ingente de nuestra Diputación, timbre de gloria a la vez y paso, sin duda, de importancia para el futuro — próximo me atrevo a decir — de la reconstrucción total de las Atarazanas.

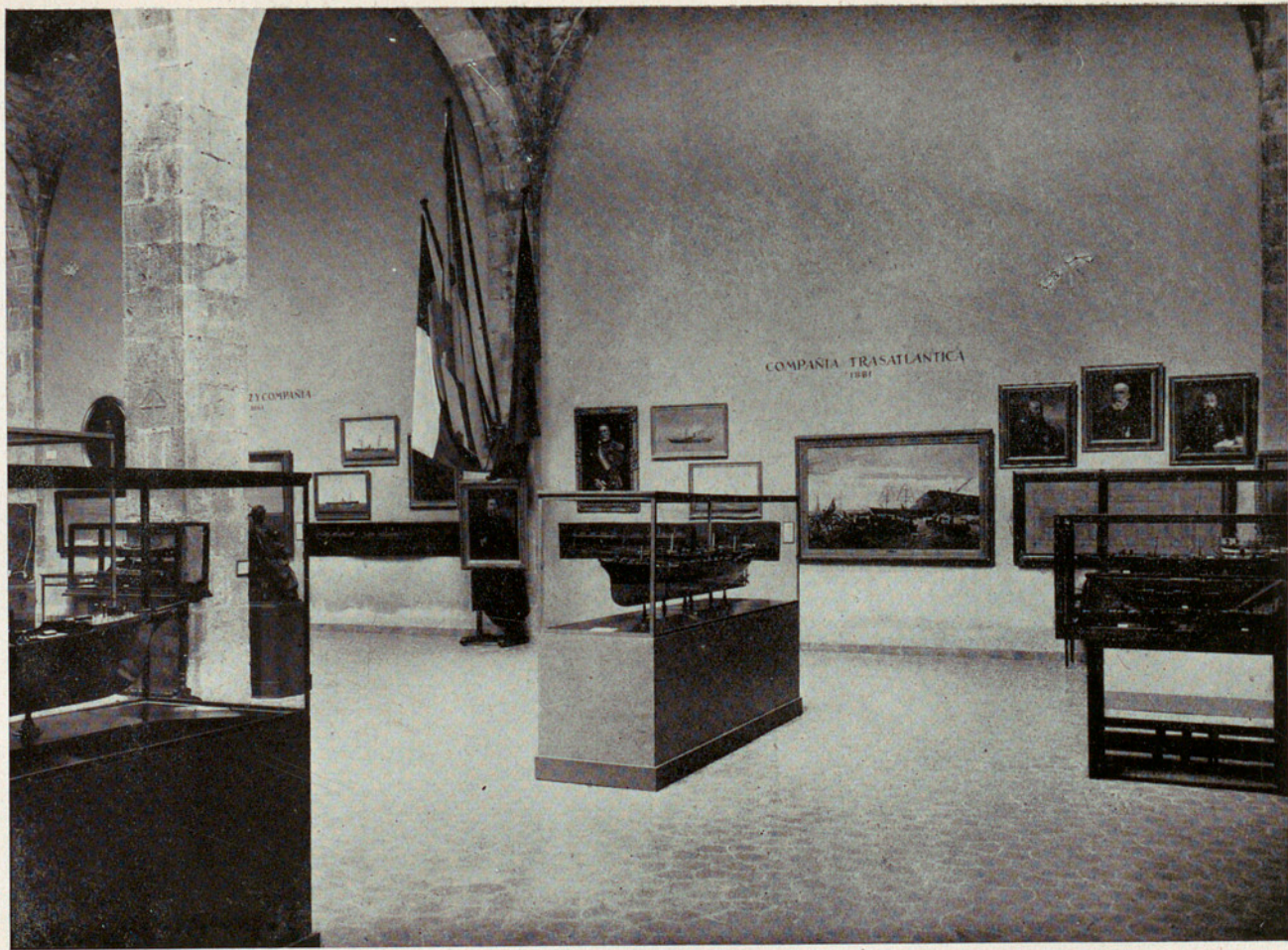
La personalidad del señor Buxó queda ligada, pues, como hecho incuestionable; al monumental lugar en que nos hallamos,

la Sala «Marqués de Comillas»; como de la misma forma tenemos en los anales de nuestra institución la constancia de que, con motivo de la Exposición Nacional del Libro del Mar, se inauguró, en 1943, la «Sala Capmany», y conste que fué nuestro actual Alcalde, don Antonio M.<sup>a</sup> Simarro, en aquel entonces Presidente de la Diputación Provincial, y distinguido también por su amor a las cosas del mar, quien — adalid por el Museo — dejó sentir en él la estela de su paso.

La coincidencia de las dos personalidades en este acto, en un momento solemne para el Museo y en ocasión que a mi entender debemos considerar providencial, hacen que me sienta tanto más optimista respecto a la reconstrucción de estas Atarazanas — musicalidad hecha piedra y ritmo —, cuanto más quiero desear que mis palabras sean acogidas con amor y con devoción.

Digamos, pues : *ahora o nunca*, para darnos el ímpetu y la constancia que necesitamos ; atemos nuestro carro no a la yunta terrena, sino a una estrella, a la manera que ha indicado el sabio, y aprestémonos a las grandes cosas que pueden conseguir las Corporaciones Provincial y Municipal de Barcelona en coordinada acción, para bien de nuestra ciudad, honor de Cataluña y exaltación de España.





Sala Marqués de Comillas : Paramento principal dedicado a la Compañía Trasatlántica



DISCURSO DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON  
**JUAN CLAUDIO GÜELL Y CHURRUCA**  
CONDE DE RUISEÑADA  
PRESIDENTE DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Comenzó el Conde de Ruisenada agradeciendo el homenaje que se rendía a su antecesor, y expresando la profunda impresión que sentía y la gran honra que suponía para él que se hubiese elegido el título de su ilustre antecesor para dar nombre a la nueva Sala que se inaugura, añadiendo luego :

«Nacido mi bisabuelo en la costa santanderina, supo hacer compatible el amor a su patria chica con el afecto entrañable a esta ciudad, donde fundó su hogar y desarrolló la mayor parte de su dinámica vida, hasta convertirse en barcelonés de adopción.

Barcelona, que ya un día levantó la estatua que junto al puerto perpetúa su memoria, ha colmado su tributo de gratitud hacia el primer Marqués de Comillas al vincular su nombre a este Museo Marítimo, al que propios y extraños están acordes en calificar como uno de los mejores del mundo en su clase. Don Antonio López, además de tantas otras iniciativas que surgieron de su fecunda actividad creadora, tomó para sí la de promover en España la transformación a vapor de la navegación a vela, que tan magnífica vitalidad demostró tener en estas tierras durante buena parte de la pasada centuria.

La Compañía Trasatlántica, tan estrechamente unida a Barcelona, cuando, por circunstancias imperiosas del momento y la necesidad de imprimir a sus organismos directivos la conveniente eficacia que los tiempos exigen, tuvo que trasladar su sede actual a Madrid, conservó su domicilio social en Barcelona.

Don Antonio López, desde el pedestal de la plaza de su nombre,

y a partir de ahora desde esta Sala que ostenta el título con que su Rey por sus méritos le honró, contribuirá a que los barceloneses de hoy, y espero que también los de venideras generaciones, sientan el estímulo de un ejemplo, que tan apropiado considero para un pueblo que si quiere renovar y mantener el rango marineró de su origen, ha de vivir, no sólo físicamente cerca del mar que abrió camino a su historia, sino vocacionalmente vinculado a la vida activa de los negocios navieros de nuestra Patria.

No quiero terminar sin expresar mi agradecimiento a las autoridades por la asistencia a este acto, y de una manera especial, si cabe, al Excmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial y a todos los concurrentes, que quedan desde este momento unidos para siempre al recuerdo y al afecto de la Compañía Trasatlántica y de su Presidenté.»

El señor Conde de Ruiseñada terminó con unas palabras, en las que hizo votos para que el Museo de las Reales Atarazanas se convierta en el Museo Nacional de la Marina Mercante en Barcelona.



Sala de Pesca Sáñez Reguart



DISCURSO DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON

**JUAN SEDÓ PERIS MENCHETA**

PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE EDUCACIÓN, DEPORTES  
Y TURISMO DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BARCELONA

Dignísimas Autoridades ;  
Excelentísimos e ilustrísimos señores ;  
Señoras y señores :

La Comisión de Educación, Deportes y Turismo de la Diputación Provincial de Barcelona siente hoy, en estos momentos precisamente, una doble satisfacción, porque si puede serlo indudablemente la inauguración de una nueva Sala en nuestro Museo Marítimo, no lo es menos el hecho de que esta Sala esté dedicada a un gran patricio, fundador de una gran empresa naviera, cuyos destinos han ido rigiendo los de su propia estirpe, con singular acierto, cariño y patriotismo.

Quisiera aclarar en estos momentos, al iniciar estas breves palabras, que si bien es cierto que el presente acto encaja, por lo reciente de su cumplimiento, entre los muy notables que se han llevado a cabo con motivo de haberse cumplido el primer centenario de la Compañía Trasatlántica — cuyo prestigio es de todos conocido —, nuestro Museo Marítimo anhelaba ya desde hace tiempo — acaso en la mente de todos desde su propia creación — la fundación de una Sala que enlazara — por así decir públicamente — lo que ya unió en lo particular a un hombre y una empresa, que tanto hicieron en beneficio moral y material de España.

Dispensadme, sin embargo, que no me extienda, en estos momentos tan gratos, a ensalzar a la persona a quien se rinde tan merecido homenaje, ni a la Compañía por él creada — que, además, bien pudiera merecer esta última, por sus servicios, el honroso título de Compañía de la Hispanidad —, y no he de hacerlo

porque ya mi querido amigo y compañero de la Comisión que me honro en presidir, don Francisco Condeminas, hoy de nuevo en funciones de Director, acaba de expresarse en este sentido con brillantez y elocuencia. Disculpád también que no exprese de manera especial nuestra gratitud por su presencia y su elocuente parlamento al Excmo. Sr. Conde de Ruiseñada, porque tengo la convicción de que otra voz con mayor autoridad y con elocuencia muy superior a la mía ha de hacerlo a no tardar, a satisfacción de todos.

Me limitaré tan sólo, pues, a resumir muy por encima algunos de los actos más destacados de cuantos se celebraron en este Museo antes del momento presente, y a prometer con toda solemnidad nuestro mejor empeño y entusiasmo en mejorar de continuo esta sala, este Museo y este maravilloso marco que lo contiene y rodea, para conseguir que este homenaje, este recuerdo que dedica hoy la provincia de Barcelona a quien supo honrarla y enaltecerla, no parezca jamás un hecho esporádico y circunstancial, sino más bien una adhesión continuada hacia una constante superación común, de la cual hoy nos hallamos tan sólo en el punto de partida.

Inaugurado en 18 de enero de 1941, merece especial recordación en los anales de nuestro Museo Marítimo la interesantísima Exposición Nacional del Libro del Mar, que logró reunir en estas Atarazanas, en 1943, un riquísimo caudal bibliográfico, de singular valía, procedente de los principales archivos y bibliotecas de la nación en lo colombino y leantino, y fruto de lo cual hubo de ser — sin olvidar, naturalmente, valiosas aportaciones en otros temas — la publicación de un notabilísimo *Ensayo de bibliografía marítima española*, bajo los auspicios de la Diputación.

Tres años después, en 1946, pudo ser una nota sentimental de gratitud la colocación, en la Sala Capmany, de los retratos de don Francisco Carreras Candi y don Ernesto Moliné y Brasés, debidos al pincel de Eduardo Flo. Don Francisco Carreras Candi contribuyó con tenacidad y eficacia a la salvación de las Reales Atarazanas de Barcelona en un momento en que, por necesidades urbanísticas se trataba de destruirlas, lo cual hubiera malogrado ese maravilloso monumento, admiración de propios y extraños por su grandiosidad y belleza, mientras que don Ernesto Moliné y Brasés, con su autorizada pluma, lanzaba a la publicidad una interesante monografía sobre nuestro famoso Consulado de Mar.

Nota sentimental decíamos, que hubo de ser completada con la inauguración en los jardines del Museo, y cincelado por el ilustre escultor don Federico Marés, del merecido monumento a don Antonio Capmany y de Montpalau, primero acaso que hubo de valorizar tan histórico edificio.

En 1947 tuvo efecto la Exposición Filatélicomarítima, que, con muy notables aportaciones, contribuyó poderosamente al inicio de un fondo filatélicomarítimo en nuestro Museo, hoy en auge.

El 16 de mayo de 1948 se celebró un solemne acto de conmemoración del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes. Consistió la solemnidad en una disertación del Rdo. P. José M.<sup>a</sup> March, sobre la trilogía «Don Juan de Austria, don Luis de Requesens y la ciudad de Barcelona», a través de la cual ensalzó la figura del «manco sano», que tan bellas cosas escribió de nuestra ciudad. Luego se procedió a descubrir el retrato del Almirante de la gran jornada lepantina, don Luis de Requesens y Zúñiga, debido al pincel del conocido artista Julio Borrell, y en el gótico vestíbulo de los mascarones fué colocada una lápida, para conmemorar cuanto se llevó a cabo en las antiguas Atarazanas a contribución de la victoria de las armas de la Cristiandad sobre el turco en la luminosa jornada del 7 de octubre de 1571; pugna en la cual tomaba parte a bordo de la galera «Marquesa», y adscrito al tercio de don Pedro de Moncada, el propio Príncipe de los Ingenios. El documento epigráfico fué redactado por el mismo conferenciante, el Rdo. P. José M.<sup>a</sup> March, de la Compañía de Jesús, y lo esculpió don Federico Marés, quien, además, lo adornó con una policromada galera en bajorrelieve. He aquí el texto de la inscripción :

«ESTA CIUDAD CONDAL, PREDILECTA DE DON CARLOS, EMPERADOR DE ROMANOS, SIEMPRE AUGUSTO REY DE ARAGÓN Y DE CASTILLA, CONDE DE BARCELONA, FUÉ EL CENTRO DE LA EXPANSIÓN MEDITERRÁNEA IMPERIAL. LAS GALERAS CONSTRUÍDAS EN SUS ATARAZANAS TRIUNFARON EN LAS EXPEDICIONES DE TÚNEZ Y DE MALTA; CON ELLAS, DON JUAN DE AUSTRIA, CAPITÁN GENERAL DE LA MAR, ASISTIDO DE SU LUGARTENIENTE, GENERAL DON LUIS DE REQUESENS, SALVÓ LA CRISTIANDAD Y LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL DÉRROTANDO LA ESCUADRA OTOMANA EN LA MEMORABLE BATALLA DE LEPANTO. VII OCTUBRE MDLXXI. LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BARCELONA, EN PERPETUA RECORDACIÓN. MCMXLVIII.»

Frases lapidarias de tal acierto, que constituyen, además, uno de los mejores elogios de un episodio brillante de nuestra historia.

Ésta es, muy someramente descrita por cierto, la labor llevada a cabo por nuestra Diputación Provincial de Barcelona en torno al mar o a la marina en estos últimos años, aparte otras actividades o contribuciones, como la creación de la Escuela de Estudios Elementales Marítimos de Barcelona y su notable aportación para la creación del Instituto de Estudios Mediterráneos, todo ello gracias principalmente a la iniciativa de los que hubieron de presidirla o que la presiden. Los nombres del Excmo. Sr. Conde de Montseny, iniciador del Museo; del Excmo. Sr. D. Antonio M.<sup>a</sup> Simarro — hoy Alcalde de Barcelona —, durante cuyo mandato tuvo efecto la inauguración; los nombres de los excelentísimos señores don Luis Argemí y don Antonio M.<sup>a</sup> Llopis, que hubieron de sucederles y que acertaron a mejorar el Museo, y el de nuestro actual Presidente, Excmo. Sr. D. Joaquín Buxó de Abaigar, verdadero iniciador de este acto y a quien debe nuestra Comisión de Cultura buena parte de cuantos aciertos pudieran serle atribuídos, si así fuera, han sido siempre y son recordados entre estos muros tan próximos al mar, a este mar que pudo ser el punto de partida y de tránsito hacia otros mares, para ir uniendo historias y destinos con los indiscutibles lazos de la sangre, la religión y el idioma. El celo ejemplar de los elementos directivos y subalternos, y los múltiples donantes de nuestro Museo, merecedores de verdadera gratitud, han hecho posible el rápido desenvolvimiento de esta institución, logrado en gran parte por el común entusiasmo.

Día llegará, Dios mediante — acaso no muy lejano —, en que a estas piedras que fueron testimonio fiel de tantos episodios gloriosos de nuestra querida España y bella muestra de su arte, se sobrepongan otras y otras, hasta la total restauración de tan maravilloso conjunto. Cuando así sea, Barcelona demostrará una vez más cuál fué su grandeza en el ayer de su historia, pero demostrará también que no desmaya en recogerla para ofrendarla con nueva savia a su grandeza futura, y, por lo tanto, a la grandeza de España.



Un aspecto de la Sala Capmany



DISCURSO DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON

**JOAQUÍN BUXÓ DE ABAIGAR**

PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

Sean mis primeras palabras para agradecer a las Excelentísimas Autoridades y Delegaciones su asistencia a este acto, como asimismo al Excmo. Sr. Conde de Ruiseñada y demás representantes de la Compañía Trasatlántica, en cuyo homenaje se encuadra el presente acto.

Los documentados parlamentos de los señores Condeminas, Conde de Ruiseñada y Sedó apenas me dejan margen, en realidad, a otros conceptos que no sean los meramente formularios para dejar oficialmente inaugurada esta nueva Sala de nuestro Museo Marítimo. Porque, ciertamente, cuanto en un acto como éste podría decirse, en consideración a los diversos aspectos a que se presta — el de justa loa a la Compañía Trasatlántica y a sus hombres (cuyo historial recoge la Sala), el de la corta pero activa historia de nuestro propio Museo Marítimo, y el aspecto técnico de la instalación y su contenido —, han sido ya glosados por las doctas palabras que han precedido a las mías.

Voy a ser, pues, brevísimo.

Durante el 1950 se cumplieron los cien años de las actividades navieras iniciadas en España por don Antonio López y López, primer Marqués de Comillas. Yo no sé si por la afición que inevitablemente despierta el ejercicio de cargos públicos, es lo cierto que, instintivamente, he fijado la atención de modo especial en el aspecto político del primer Marqués de Comillas. Sé que me argüiréis: ¿Cómo puede con propiedad hablarse así de la actuación de un hombre que no sólo no tuvo cargos políticos de mando, sino que incluso pareció huir de ellos sistemáticamente a lo largo de su

vida? Pues bien, yo creo que el primer Marqués de Comillas fué uno de los hombres de su tiempo de más agudo sentido político. Esta es la faceta, poco ponderada a mi juicio, por historiadores y panegiristas, que yo quiero destacar hoy aquí. Este fino instinto político queda marcado en forma acusada en el sentido intencional de su labor entera, y se trasluce claramente a través del análisis de las empresas que creó y desarrolló. El primer Marqués de Comillas, como en su país lo hizo Cecil Rhodes, pretendía abrir para España nuevos mercados, nuevos caminos, explotar y revalorizar nuestro imperio colonial ultramarino y enlazarlo, conectarlo con la metrópoli, para, a través de la creación de una sólida comunidad de intereses económicos, vigorizar el nexo político. Fué una verdadera lástima que su personalidad no hubiera podido actuar decisoriamente en la gestión política de su tiempo, pues se trató de uno de los pocos españoles que vió clara la cuestión. Aun hoy, parte del escaso comercio con Filipinas, Centro y Sudamérica, y parte del nexo espiritual, tiene por raíz y base aquella simiente que dejaron allí las empresas de don Antonio López y López. Y su labor fué doblemente meritoria cuando se piensa que por aquella época España pasaba por una de sus harto frecuentes crisis de «continentalismo», una época que presentía ya el conato de suicidio moral que más tarde provocara una generación equivocada, creyendo que nuestra salvación estaba en cerrar bajo siete llaves el sepulcro del Cid y, con él, nuestra tradición, y con la tradición, la geografía, y con la geografía, nuestro glorioso destino marineró, un «continentalismo» que fatalmente degeneraría en «domesticismo» mortal para la proyección hispánica hacia el resto del mundo.

El primer Marqués de Comillas es una gloria nacional, cuya magnitud se acrecerá con el paso del tiempo. De ella nos sentimos especialmente orgullosos los barceloneses, pues Barcelona fué la sede de sus empresas, hacia Barcelona atrajo afectos e intereses y, por ende, Barcelona le considera como uno de sus más preclaros hijos.

Pero un hombre solo no puede hacerlo todo. Providencialmente se consolida aquel factor intencional de la obra del primer Marqués de Comillas con una posterior línea de conducta tan recta y honesta por parte de sus sucesores, que hace que la Compañía

Trasatlántica supere el concepto de una empresa mercantil privada para convertirse en una empresa de sentido verdaderamente nacional, que vincula su propia suerte a la de su Patria, y con ella prospera, y con ella declina, según los avatares de su destino histórico. Con ella coopera en la audacia bélica, si hace falta, rompiendo con el legendario «Montserrat» el bloqueo americano; con ella sufre las amarguras del gran abandono colonial... La historia de la Compañía Trasatlántica es, pues, realmente, la historia contemporánea de España.

Nos encontramos, pues, hoy, ante el caso curioso de inaugurar un museo que recoge la historia de una empresa que sigue viva y en tenso espíritu de servicio al país.

Deseo fervientemente que así sea por muchos años. Que la Compañía Trasatlántica siga su limpia historia y que ella sea síntoma y símbolo de la España marinera, que es preciso hacer renacer si de veras se quiere llegar a la altura que nuestro destino histórico merece.

Pero no quiero terminar sin recoger la amable alusión del señor Condeminas.

En primer lugar, declaro con toda decisión que es propósito de la Diputación Provincial hacer cuanto humanamente esté a su alcance para mejorar, de más en más, su Museo Marítimo. Nosotros creemos que la eficacia museística no pierde con un justo criterio de disgregación. Por el contrario, en ningún aspecto del orden museístico puede ser *desiderata* una concentración grandiosa, única y permanente de toda la riqueza histórica. Un tal criterio de mera obsesión de coleccionista no será eficaz en orden a un museo, ni como lección, ni como gabinete de estudio técnico e histórico, ni aun en el orden de progresivas mejoras y enriquecimiento del contenido que ha de exhibir.

No cesaremos, pues, en nuestra labor de tratar de mejorar este Museo.

Y en cuanto al recinto de Atarazanas, ¿qué he de decir? Nosotros lo consideramos como integrante del propio Museo, por así decirlo, como su mejor pieza. Estamos, pues, dispuestos a hacer cuanto esté en nuestra mano para restaurarlo como merece. En nuestro presupuesto extraordinario que ha de desenvolverse consignamos 5.200,000 ptas. para la restauración del recinto, de

los cuales 3 millones de pesetas van incluidos en la primera etapa de desenvolvimiento financiero del mismo. Estoy seguro de que el Ayuntamiento de Barcelona siente nuestra propia inquietud, y que esta hermandad de propósito es la mejor garantía de que, de común acuerdo, abordaremos con éxito esta ingente tarea. Os digo francamente que una de las mayores penas que sentiría sería dejar la Presidencia que ostento sin haber conseguido realizar, al menos en su parte substancial, este firme propósito.

Termino mis palabras dando las gracias, en nombre de la Diputación, a cuantos han colaborado a hacer realidad la Sala que hoy inauguramos. En especial, a los señores Sedó y Condeminas, al Conservador del Museo, señor Cubas; al Arquitecto señor Baldrich y a cuantos les han auxiliado en su trabajo.

Que esta inauguración de hoy sea anuncio de una etapa de otras nuevas en el camino, aun largo, que nos falta recorrer para lograr nuestros ambiciosos objetivos.

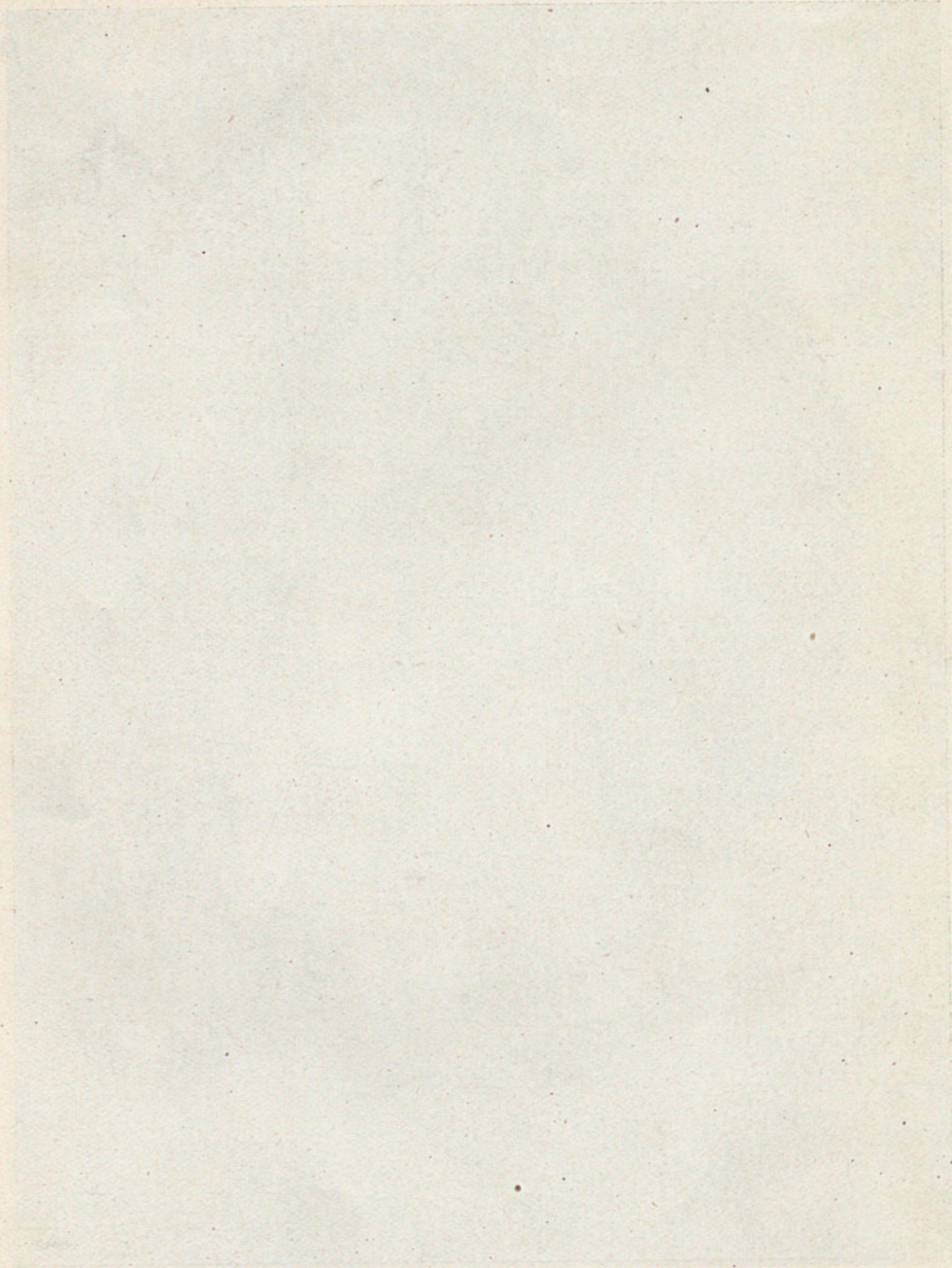


Sala Pedro IV : Nave de arcos apuntados





Sección Cartográfica: Sala Ferrer de Blanes





FU-5-6



Casa Provincial de Caridad  
Imprenta - Escuela